

La Muñeca de Kokoschka

Afonso Cruz

Traducción de Teresa Matarranz



La Muñeca de Kokoschka

Colección Rayos globulares

(16)



Con el apoyo del Programa Creative Europe de la Unión Europea.



El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

Primera edición: enero 2015

Título original: *A boneca de Kokoschka*

© 2010 Afonso Cruz and Quetzal Editores

First published in Portugal by Quetzal Editores, 2010. The author is represented by Bookoffice

(<http://bookoffice.booktailors.com/>)

© de la traducción del portugués, Teresa Matarranz

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2015

Diseño de la cubierta: Noemí Giner

Producción editorial: Marina Del Valle Blanco, Dídac Gurguí

Ilustración de la cubierta: Elisa Ancori

Composición ePub: Pablo Barrio

Publicado por Rayo Verde Editorial, S.L.

Gran Via de les Corts Catalanes 514, 1^º 7^a

08015 Barcelona

rayoverde@rayoverde.es

www.rayoverdeeditorial.com

 [@Rayo_Verde](https://twitter.com/Rayo_Verde)

 [RayoVerdeEditorial](https://www.facebook.com/RayoVerdeEditorial)

ISBN ePub: 978-84-15539-90-2

BIC: FA

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

La Muñeca de Kokoschka

Afonso Cruz

Traducción de Teresa Matarranz

Rayo verde
editorial





Lo cierto es que la muñeca fue construida y, según creo, se convirtió en una desilusión. Kokoschka acabó matándola. Pero me estoy adelantando. Durante un tiempo la hizo vivir. Una persona no existe sólo por tener un cuerpo. Necesita tener vida social. Necesita la palabra, el alma. Necesitamos testigos, necesitamos a los otros. Por eso, Kokoschka mandó que la criada hiciera circular rumores sobre la muñeca. Historias: como si existiera, como si tuviera una existencia semejante a la nuestra.

Existen enfermedades infames, capaces de convertir nuestro cuerpo en una jaula para el alma. El párkinson plus es una de las formas más perversas en que el universo muestra su crueldad medieval.

O como dijo Lao Tsé,

«El universo nos trata como a perros de paja».

Este libro está dedicado a mi madre.

Primera parte



La voz que viene de la tierra

A los cuarenta y dos años, más concretamente, dos días después de su cumpleaños, Bonifaz Vogel empezó a oír una voz. Al principio pensó que eran los ratones. Después, pensó en llamar a alguien para acabar con la carcoma. Algo se lo impidió. Quizás fue el modo en el que la voz se lo ordenó, con la autoridad de las voces que nos habitan en lo más hondo. Sabía que aquello pasaba dentro de su cabeza, pero tenía la sensación de que las palabras venían del entarimado, a través de los pies. Venían de las profundidades y llenaban la tienda de pájaros. Bonifaz Vogel llevaba siempre sandalias, incluso en invierno, y sentía las palabras que se deslizaban por las uñas amarillentas y los dedos encogidos por el esfuerzo de sentir frases enteras golpeando contra la planta de los pies, que trepaban por las piernas blancas y huesudas y quedaban

retenidas en la cabeza gracias al sombrero. Intentó quitárselo varias veces, durante unos segundos, pero se sentía desnudo.

El cabello de Bonifaz Vogel, muy suave, estaba siempre peinado, muy blanco, ceñido por un sombrero de fieltro (que alternaba con otro sombrero más fresco, para usar en verano).

Pasaba los días sentado en una silla de rejilla que un tío le había traído de Italia.

El *Duce* se ha sentado en ella, le había dicho su tío.

El día que recibió la silla, como regalo de cumpleaños, Bonifaz Vogel se sentó en ella y le gustó, la encontró cómoda, era una buena pieza de mobiliario, con patas fuertes. La cogió, la alzó por encima de la cabeza y la llevó a la tienda de pájaros. Un papagayo cantó a su paso y Vogel le sonrió. Puso la silla junto a los canarios y se sentó bajo los trinos, dejando que le llenaran la cabeza de espacios vacíos. Cuando los pájaros cantaban con más intensidad, Bonifaz Vogel se quedaba quieto por miedo de, en caso de levantarse, chocar con la cabeza en los trinos más bellos.



Dejó la cabeza del amigo una eternidad atrás

Isaac Dresner estaba jugando con su mejor amigo, Pearlman, cuando apareció un soldado alemán, entre un córner y una pelota en el larguero. El soldado llevaba un arma en la mano y le pegó un tiro a la cabeza de Pearlman. El muchacho cayó con la cara sobre la bota del pie derecho de Isaac Dresner y, durante unos segundos, el soldado lo miró. El hombre estaba nervioso y sudaba. Llevaba un uniforme impecablemente limpio, de un color muy cercano a la muerte, con insignias negras, doradas, blancas y rojas. El cuello rectilíneo, de un blanco amarillento, mostraba dos arterias azules, perfectamente nazis, que brillaban con el sudor. El color de los ojos no era visible porque el soldado los tenía semicerrados. El tronco sólido se movía arriba y abajo con la respiración agitada. El hombre apuntó el arma

a Isaac Dresner y ésta, silenciosamente, no disparó. Estaba encasquillada. La cabeza de Pearlman rodó de la bota de Isaac al suelo, en un ángulo imposible, abstracto, haciendo un ruido extraño al golpear el pavimento. Un sonido casi inaudible, de éstos ensordecedores.

En los oídos de Isaac Dresner sucedía lo siguiente:

- 1. Respiración del soldado.**
- 2. El sonido del Mauser no disparando.**
- 3. El sonido casi inaudible de la cabeza de su mejor amigo, Pearlman, resbalando de su bota derecha y golpeando en el suelo.**

Isaac echó a correr calle abajo, con sus piernas finas, dejando atrás (una eternidad atrás) la cabeza del amigo. El soldado volvió a apuntar el arma y a disparar. No acertó a Isaac, que corría con sus botas encharcadas en sangre y memorias muertas. Tres tiros silbaron justo junto al alma de Isaac Dresner, pero golpearon en las paredes del gueto.

La cabeza de Pearlman, a pesar de haber quedado una enorme eternidad atrás, quedó presa para siempre al pie derecho de Isaac, a través de la cadena de hierro que une una persona a otra. Ése era el motivo por el que cojeaba levemente y lo haría durante el resto de su vida. Cincuenta años después, Isaac Dresner aún arrastraría con el pie derecho el peso de esta cabeza lejana.

Isaac siguió corriendo, desviándose del destino que silbaba a su lado

Isaac Dresner siguió corriendo, desviándose del destino que silbaba a su lado. Dobló varias esquinas, dejando atrás al soldado, y entró en la tienda de pájaros de Bonifaz Vogel. Su padre, unos años antes, había construido un sótano en la tienda. Isaac lo había acompañado y había visto crecer aquel espacio oscuro debajo de la tierra. Advirtió entonces que:

La construcción de los edificios no se limita a ladrillos apilados y piedras y tejados, también son espacios vacíos, la nada que crece dentro de las cosas como estómagos.

Jadeante, Isaac abrió la trampilla —sin que se percatara Bonifaz Vogel— y entró como el agua en un colador. Allí

permaneció dos días, saliendo sólo por la noche para beber agua del bebedero de los pájaros (no había visto el grifo, a pesar de ser evidente) y comer alpiste. Al tercer día no aguantaba más:

—Deme de comer, señor Vogel, y traiga un orinal.

Bonifaz Vogel, sentado en su silla de rejilla, afinó el oído. Oía voces. Fue en ese momento cuando empezó a oír voces. El sonido le subía por entre sus piernas y pantalones y le llegaba a los oídos como el timbre de un niño, como un gato cuando lo llamamos, siseando. Isaac Dresner repitió la petición —la segunda vez era casi una orden— y Vogel se levantó para ir a buscar comida. Isaac le mandó dejar la bandeja junto al mostrador. Se puso contento cuando, por la noche, vio un plato de gachas de avena y unos caramelos. También había un orinal.



BONI FAZ era como un

CRISTAL



en una tienda de elefantes.



Bonifaz Vogel en medio de la guerra, sentado en una silla de rejilla, era como un cristal en una tienda de elefantes

El pequeño —invisible— judío pasó a vivir en aquel sótano oscuro, bajo el entarimado, y pasó a ser apenas una voz. Bonifaz Vogel vivía con las palabras que le decía a través del suelo de su tienda de pájaros.

Le decía: señor Vogel, deje caramelos en el suelo, junto al mostrador, debajo del estante del alpiste. Y él así lo hacía. Se agachaba y, con cuidado, depositaba unos caramelos encima del papel de envolver en el lugar indicado y dejaba el orinal debidamente lavado. Rezaba una oración, que era sólo un cuchicheo, sin palabras, con la intimidad de las

oraciones. Después se santiguaba y permanecía unos segundos solemnes mirando los caramelos.

Un día tomó la iniciativa de añadir unos huesos de sepia, de los que les daba a los pájaros, pero a la voz no le gustaron.

El horizonte justo al otro lado de la calle

Bonifaz Vogel se despertaba siempre muy temprano y, con precisión maquinal, se vestía, se peinaba y se ponía el sombrero: tenía uno de fieltro y otro de rejilla (para usar en verano). Bonifaz Vogel solía decir que era una rejilla como la de su silla, la que había servido de sustentáculo a un dictador. Comía un poco de pan y bebía té. A continuación se dirigía a la tienda, con su cabello suave, completamente blanco como el pecho de una gaviota, con las manos en los bolsillos y sujetando los tirantes grises o marrones. Sacaba el llavero del bolsillo exterior de la chaqueta y abría la puerta de la calle, girando la placa que decía cerrado y convirtiéndola en la placa que decía abierto. Después hacía un saludo medio nazi, incluso cuando la calle estaba desierta, incluso cuando la calle estaba llena. Buscaba, en

su enorme llavero, la llave más pequeña, muy oxidada pero funcional, y abría el armario que servía para guardar la fregona y la lejía. Detrás del mostrador llenaba un balde con agua y empezaba a limpiar la tienda: lavaba todas las jaulas, el suelo y las paredes. Lo hacía con devoción, como si fuera él quien estuviera tomando un baño. Limpiaba todas las arrugas de la tienda, todas las axilas, todas las ingles y los lugares más escondidos. Paraba algunas veces para descansar y eso implicaba sentarse muy quieto bajo los trinos de los canarios. Sus ojos quedaban suspendidos en el horizonte, que, para él, era justo el otro lado de la calle.

Pájaros disfrazados

—Schwab es un mangante —acusó Isaac—. Lo que le vende, señor Vogel, son gorriones pintados de amarillo. No son canarios.

Bonifaz Vogel encogió los hombros. Su cabeza, le había dicho un profesor de alemán, estaba compuesta de puntos suspensivos craneales. Isaac Dresner empezó, a partir del día de los pájaros pintados, a ayudarlo en los negocios.

Vogel, cuando tenía dudas sobre el precio de las isabelitas del Japón, por ejemplo, se dirigía al otro lado del mostrador, se agachaba (el cliente dejaba de verlo) y, con el oído apoyado en el entarimado, susurraba como si hablara con alguien. Después se enderezaba, se sacudía el polvo de los pantalones y repetía con su voz lo que la voz le había dicho tan quedo. La gente encontraba normal ese comportamiento, no esperaban otra cosa de Vogel, un

hombre lleno de puntos suspensivos craneales. Éste decía un precio y el cliente otro; después, si era preciso, se agachaba una vez más, bajaba hasta el entarimado donde la voz se dejaba oír entre las grietas del suelo. Se levantaba de nuevo, se sacudía el polvo de las rodillas, y, con un precio irrefutable, se cerraba el negocio. Mientras el cliente se alejaba, Vogel se apoyaba en la puerta de la tienda, frotándose la oreja roja de haber estado apoyada en el suelo, visiblemente cansada de oír voces. Después, muy despacio, contaba los billetes que le habían rendido los pájaros. Nunca se había preguntado por qué motivo, en tiempo de guerra, había personas que compraban isabelitas.



Porque sudaba, hacía calor

Isaac no comprendía a Bonifaz Vogel: un hombre maduro, propietario de una tienda de pájaros y de casi tres sombreros, que parecía un niño, un niño dudoso. Isaac Dresner le contaba historias del rabino Nachman de Bratislava para mirarlo de educarlo, pero Bonifaz Vogel tenía una cabeza compuesta de puntos suspensivos craneales. Era un hombre sin futuro y sin pasado. El tiempo pasaba por él como el agua del baño. El pasado y el futuro eran conceptos muy poco lineales, no eran una flecha pasado/futuro como para la mayoría de nosotros. Muchas veces, cuando Bonifaz Vogel sudaba, no era a causa del calor. Ahí estaba la diferencia. Muchas veces no veía relaciones causales en las cosas, sino simultaneidad. Y a veces veía el tiempo al contrario, como una camisa del revés: decía que hacía calor porque estaba sudando. La

causa del calor era su sudor. Su relación con el mundo y con el tiempo la podía vivir de tres maneras: a) **sudaba cuando hacía calor**, sin ninguna relación causal, sólo simultaneidad, o b) **sudaba porque hacía calor** (que es, además, el sistema que acostumbramos a usar para interpretar los fenómenos que suceden a nuestro alrededor, una explicación causa/efecto), o todavía, c) **porque sudaba, hacía calor** (una manera de ver las cosas que Aristóteles no aprobaría).

O

Bonifaz Vogel respiraba preferentemente por la boca, ese era el motivo por el cual la tenía siempre abierta. Como la letra *o*, o mejor, como la letra *o* grande